

Sobre la crisis del pensamiento emancipatorio

Reflexiones desde la esperanza

José March

Exprofesor de Ciencias,
Sociólogo de U. G. I.

Casi 130 años han pasado desde la fundación en 1864 de la Iª Internacional. El tiempo transcurrido parece sepultar bajo el polvo sus postulados: la emancipación de los trabajadores será obra de ellos mismos; la tarea emancipatoria no es local, ni nacional, ni mundial, ni debería ser de hecho, ni de derecho un deber.

¿Qué ha sucedido para que aquellos principios estén hoy ausentes en las estrategias de las organizaciones obreras? Para quien escribe desde la esperanza es prioritario un esfuerzo de clarificación sobre las causas que han conducido a la actual crisis del pensamiento de transformación.

Los acontecimientos posteriores a la fundación de la Internacional y la división operada constituyen un viejo debate en la izquierda y, a la vez, un crisol. Las referencias entre lo que debió ser y no fue salpican hasta hoy, en que, mientras los ideólogos del nuevo orden anuncian el fin de la historia, los partidarios de mantener viva la llama de la Internacional debemos superar las crisis que dieron lugar a la división, recuperando sus objetivos cuando los adaptamos a la realidad actual.

El capitalismo 130 años después

El capital, por medio del cual opera la burguesía, no es ni francés, ni alemán, ni inglés, ni italiano, ni español, no es ni latino, ni germano, ni eslavo (...). Si los orígenes del capital son internacionales, sus operaciones son completamente conformes a crisis originarias. Así explicaba Antonio Lécuyer la necesidad de la Internacional.

En efecto, a finales del siglo XX ya existían empresas de varios países (Gran Bretaña y USA sobre todo) que explotaban los recursos de América Latina, Asia, África y Australia. Con todo, la clarividencia de la afirmación anterior es irrefutable, ya que difícilmente los internacionalistas pudieron imaginar la complejidad actual del capitalismo transnacional.

Globalmente, la hegemonía corresponde a las multinacionales norteamericanas con un 49%, un 17% son japonesas y ... un 3% corresponde al tercer mundo. Las ventas alcanzaron en 1983 nada menos que 5 billones 200 millones de dólares, equivalente 30 veces a la riqueza mercantil producida por España y 1,3 veces al valor de la producción total del tercer mundo ese mismo año.

Como muestra de complejidad, la empresa Ford, Un proceso productivo que abarca cinco continentes, con 63 fábricas de montaje, 30 de motores, 28 de carrocerías y 22 de carpasajaja.

El crecimiento del sector servicios ha sido espectacular y, dentro del mismo, las actividades especulativas, entre ellas las transacciones de divisas. Miles de millones de dólares pueden cambiar de mano en el mundo en cada segundo, y se calcula que en momento claro equivaldría a la riqueza producida por todo el tercer mundo en un mes.

Atrás quedan dos guerras mundiales; un proceso de colonización y explotación del tercer mundo sin escrúpulos, con una deuda imposible de pagar, y tremendamente agresivo con el medio ambiente; un proceso de concentración y concentración del capital formando grandes grupos económicos, que ha reducido

a un papel secundario al capital nacional y las presiones a la clase trabajadora en una situación de clara desventaja y sumisión.

La respuesta sindical

La tendencia a asociarse, primero como gremios y posteriormente como sindicatos, se manifiesta con gran profusión a lo largo de la historia del capitalismo clásico, lo que ciertos estudiosos han llegado a definir como una manifestación natural que surge de «condiciones que son inherentes en la naturaleza humana».¹

Así lo confirman la respuesta sindical de los marroqueses de Dublín (siglo XVI), de los graneros japoneses (siglo XVII), de los mineros de carbón de Pekín (siglo XIX), su respuesta a demandas de carácter intelectual en sus diversas situaciones laborales.

Junto a ellos, temas como jornada, salarios, contratación individual, leyes laborales, etc. conformaron un trasfondo que dio lugar a la fundación de la TUC en 1868, de la AFL en 1881, de la CGT de 1895 o la IUO en 1899.

El sindicalismo en su fase incipiente recibió la influencia negativa de las diferentes corrientes en la Internacional. De esa forma encontramos unas organizaciones que se situaban al proyecto socialdemócrata y otras que se inclinaron por los gremios principios internacionalistas. Si la concepción de los trabajadores debía ser obra de ellos mismos, buscaban una vía autóctona, que no en otra que el sindicalismo de acción directa o revolucionaria, caracterizado, especialmente, por la CGT francesa.

Con esa claridad la definió su Secretario General Victor Griffuelhes «acción directa, quiere decir acción de los trabajadores mismo (...) Es el trabajador el que lleva a cabo por sí mismo su esfuerzo; lo ejerce personalmente sobre los poderes que le dominan para obtener de ellos los beneficios que reclama. Por medio de la acción directa el obrero crea su propia fuerza, y es él el que la dirige, decidido a no confiar a nadie, fuera de sí mismo, la tarea de liberarse».²

Las organizaciones más significativas de este espectro, además de la citada CGT, eran la

Unión Sindical de Italia y la CNT de España, decididas fuera de la ley por la dictadura borbónica.

La transformación de la idiosincrasia de CGT, que pasó a situarse en la órbita de influencia soviética, y lo sucedido con la US y la CNT, arrojó a una lenta pero inevitable decadencia al resto de grupos que de forma minoritaria ejercían propuestas similares en otros países, decadencia que perduró y que decantaba paulatinamente las cosas de forma clara hacia el sindicalismo del norte, que delegaba las tareas emancipatorias a la actuación de los partidos obreros en el Parlamento.

Es preciso ser crítico dirigido a quienes se han (des) cubierto sobre su marginalidad, reprobando uno y otro en sus artículos sesudos y notorios que se critican con cierta fustidad cuando nos agusan, pero forman parte del patrimonio propio.

La conciencia sindical: una crisis de onda larga

La pérdida de valores tiene una traducción concreta en el ámbito sindical, y no es exagerado hablar de crisis de onda larga, no sólo por su duración, sino por la complejidad de la transformación que se debería acometer.

El diagnóstico de situación sería la constatación de la existencia de un doble lenguaje y doble moral que se manifiesta reiteradamente en la crisis sindical. En apariencia, los valores se conservan intactos, pero en la práctica se ven otra. Veamos:

1) ¿Qué fue del internacionalismo?

Sea lo más lejos, Nicolás Rueda, Secretario General de UGT, desgrajaba esta cuestión recientemente: «lo más preocupante de la situación actual es que los partidos de izquierda, y también los socialdemócratas, han perdido lo que era una de sus características más fundamentales: el sentido internacionalista (...), mientras la producción y la economía se han mundializado y están dominadas por grandes empresas y multinacionales, no se ha sabido crear el contrapeso internacional necesario (...). Hace sesenta años el movimiento obrero tenía una mayor dimensión internacionalista, y lamentablemente ahora se ha perdido».³

Efectivamente, el sindicalismo aparece como fenómeno internacional con la revolución industrial, en defensa de intereses inmediatos de los trabajadores, pero en actitud disidente de ser la de los. Recordemos la campaña internacional por la jornada de ocho horas, la conmemoración del 1º de Mayo, la constitución de la Alianza Cooperativa Internacional, o el movimiento de mujeres convocado por Clara Zetkin, lo que da fe de la existencia de una auténtica conciencia y cultura internacionalista.

El problema actual no radica en la carencia de estructuras sindicales internacionales. Existen estructuras, y tras ellas un discurso que refuerza el internacionalismo, pero en la práctica estas no funcionan, como reconocía N. Rodondo.

Las multinacionales escapan a cualquier control económico, político o legislativo del Estado, y se benefician masacando el proceso productivo, modificando pautas culturales y de consumo, sin que nadie sea capaz de ponerle coto. Lo que Joaquín Arraola y Peter Waterman llaman «jornada de los desigualdades: iguala por arriba y segrega por abajo» —un rico belga se puede hacerme a un rico belga—. Pero un mismo belga y uno norombriqueo en Sarlítica (...) tienen hoy condiciones de vida y de trabajo muy diferentes.²

Con algunas comparaciones lo vemos más claro: en materia de *jornada laboral* los trabajadores industriales del tercer mundo oscilan entre las 1.500 y las 2.700 horas anuales, mientras que la media de los países de la OCDE está entre 1.600 y 1.800. Los saldos industriales en el tercer mundo fluctúan entre 0,25 y 1,50 dólares/hora, y en los países ricos lo hacen entre 5 y 10. Respecto a los *derechos reconocidos por la OIT* (libertad sindical, negociación colectiva, prohibición del trabajo forzoso, no discriminación, etc.), aproximadamente un 15% de los trabajadores del tercer mundo tiene algún compromiso de su Estado. Frente a un 40% de los pertenecientes a la OCDE.

Alguien podría argumentar que, pese a la evidencia de los datos, estas diferencias se limitarán en el futuro, lo cual, hasta ahora, contradice la evolución de los acontecimientos.

De lo anterior se desprende que el *sindicalismo* debería ser parte orgánica y profundamente enraizada internacionalmente, por medio de la configuración de un *sindicalismo* mediocracional y planteando una *negociación colectiva* o *resulta plantearse*. Una *negociación colectiva* no entendida exclusivamente para los empleados de las multinacionales, sino global del proceso productivo y del modelo de crecimiento, que fuese capaz de igualar por abajo todo lo que las *segregación* en los años que la perspectiva nacional ha sido la única importante.

2) ¿Qué ha sido de la solidaridad?

El *sindicalismo*, a lo largo de su historia, ha dado innumerables muestras de *solidaridad*. En el Estado español citaremos la *huelga de la Canariense* (1918-19); conflicto que se desarrollaba entre una patronal multinacional y bajo un estado de excepción. Pese a ello, los trabajadores de artes gráficas, para *solidarizarse*, aplicaron la *colectiva* *recomienda* *requis* a los medios para *contrarrestar* la campaña contra la *huelga*.

Otra muestra de *solidaridad* menos conocida, pero no menos importante, fueron las 428.300 pesetas aportadas para sustentar la *huelga* por los trabajadores catalanes, *recomendadas* por aproximadamente 8.500 delegados de la CNT en *fábricas* y *domicilios*. ¿De qué *solidaridad* estamos hablando en su *valor actual*?

¿Existen en la actualidad, dentro del *movimiento sindical*, una *práctica* de la *solidaridad* que trasciende lo *simbólico*? Desgraciadamente, la *respuesta* debe ser *negativa*, tanto a escala nacional como *internacional*. Por el contrario, encontramos ejemplos altamente preocupantes, como el despido de 1.200 *trabajadores* de la multinacional Hitachi en *Málaga*, por haber cruzado un *simulacro*, y sin que los *sindicalistas* japoneses en la *campaña* *multinacional* *hiciesen* lo más mínimo por *impedirlo*.

Comportamientos de este tipo son *graves* en todos los países, lo cual *no confirma* en la existencia de un *doble lenguaje*, al que ya nos hemos referido, donde la *solidaridad* *material* *aparentemente* *su* *significancia* *sin* que se *planteen* *con* *hechos* *concretos*.

No hay justificación posible para esta situación, ni hay otra explicación que el retroceso generalizado de valores, en este caso entre los sectores más conscientes del movimiento obrero. Son sujetos como la realización de la perspectiva internacionalista, y en plena conjugación con ella, no podemos hablar de una retroversión simple del concepto de una política subalterna acorde con las dirigidas.

Y para ella son imprescindibles dos premisas. La primera sigue ser capaz de globalizar los movimientos del conjunto de los trabajadores, hasta alcanzar una cohesión mínima que, como se ha visto, no existe. La negociación colectiva, tal como está configurada actualmente, no se ha mostrado eficaz para entrar en la actual segmentación de la clase trabajadora y, en consecuencia, se han establecido diferentes niveles de lucha de ella, en función de su capacidad negociadora, es decir, desde los que tienen mucha capacidad hasta los que no tienen ninguna.

— *Los segundos hechos, hoy tenemos conciencia de que los intereses del planeta son limitados y que no es posible generalizar en todo el mundo los niveles de consumo del llamado primer mundo. Una práctica sindical coherente y solidaria no puede desentenderse del asunto y permitir un cambio de comportamiento en profundidad, considerando la sustentabilidad de aquello desde cierto punto de vista, como la salud o la calidad de vida, y considerando de otra forma, con un criterio analítico en la que se refiera a las relaciones internacionales.*

— *¿Y qué le dice a la clase trabajadora internacionalista?*

— *Los viejos internacionalistas contentarían afirmativamente. Hay un hecho difícilmente discutible que la clase trabajadora ha perdido su centralidad, en la medida en que se ha producido una gran segmentación de la misma y que las condiciones de dominación han dado lugar a la emergencia de nuevos movimientos sociales.*

— *La lucha de los jóvenes contra su exclusión y marginación, el cuestionamiento por las mujeres de su papel en la familia burguesa, la lucha de los movimientos cristianos por cuestionar la Iglesia institucional, los movimientos de liberación contra el colonialismo y otros*

constituyen nuevas identidades en las cuales sustentan un proyecto emancipador. Para Joaquín Arriola y Peter Waterman,⁷ es inútil, pues, buscar un patrón organizativo y cultural que unifique las actitudes y prácticas sociales de la clase obrera.

No cabe duda de que el movimiento sindical debería integrar sus potencialidades con el conjunto de movimientos sociales, en un proyecto emancipador plural que responda a la diversidad de identidades de los sectores populares; integración que no está exenta de dificultades y actitudes cuando muchos dudaron respecto a que se está realmente haciendo un esfuerzo en esa dirección.

Las reflexiones anteriores no agotan el amplio temario a considerarse en una revisión general de los planteamientos sindicales ante el futuro. Cuestiones como la transparencia y democracia interna, la institucionalización, las nuevas tecnologías, etc. merecerían ser analizadas. Ella queda para una segunda parte. Los puntos en los que hemos hecho hincapié parecen prioritarios; sin ellos, el sindicalismo perdería su razón de ser. No más, ni menos.

1. Este artículo es una adaptación de un texto escrito originalmente en español y publicado en la revista mexicana "Trabajo y Sociedad", número 14, febrero de 1998, pp. 109-123. El autor agradece al profesor Juan Carlos Rodríguez Cordero por haber traducido este artículo al francés y al profesor Juan Carlos Rodríguez Cordero por haber traducido este artículo al inglés. Este artículo es una adaptación de un texto escrito originalmente en español y publicado en la revista mexicana "Trabajo y Sociedad", número 14, febrero de 1998, pp. 109-123. El autor agradece al profesor Juan Carlos Rodríguez Cordero por haber traducido este artículo al francés y al profesor Juan Carlos Rodríguez Cordero por haber traducido este artículo al inglés. Este artículo es una adaptación de un texto escrito originalmente en español y publicado en la revista mexicana "Trabajo y Sociedad", número 14, febrero de 1998, pp. 109-123. El autor agradece al profesor Juan Carlos Rodríguez Cordero por haber traducido este artículo al francés y al profesor Juan Carlos Rodríguez Cordero por haber traducido este artículo al inglés.

Notas

1. Américo Lorenzini, *El proletariado subterráneo*.
2. Henry Philip Brown, *Los signos del poder sindical*.
3. Gilles Martinet, *Una etnohistoria*.
4. *El movimiento con Jesús Altamirano*, Hacia Sur, nº 8.
5. Joaquín Arriola y Peter Waterman, *Guerrillasocialistas y movimientos obreros*.
6. Joaquín Ferrer, *Unos Papeles*, *Populismo y sindicalismo*.
7. *Ibid.*